

DESPEDIDAS

POR

SILVIA ÁLVAREZ CURBELO

Universidad de Puerto Rico, Río Piedras

Puerto Rico fue objeto de una "españolización" tardía en el último tercio del siglo XIX luego de más de tres siglos de existencia periférica dentro del perímetro imperial. Cuando sobreviene la Guerra Hispanoamericana, se devela, para peninsulares y criollos, la naturaleza ambigua e irónica de la relación. Convocando textos contemporáneos a la crisis, la autora recompone unos relatos de "despedida" en los que circulan discursos contradictorios pero perfectamente compatibles respecto al fin del imperio y al tránsito a una nueva dominación.

*Adiós trigueña hermosa del corazón,
Ten esperanza, confía en Dios,
Que quizá un día de ardiente sol,
Vuelva a ser esto Español..*

Canción compuesta por un soldado del Batallón Patria durante la campaña de Puerto Rico (1898)

Dios no puede mandar otro mejor predicador, otro misionero más celoso y elocuente a los pueblos que pecan y se separan de la santa ley, que un terremoto, una peste, un ciclón, una lamentable calamidad. Y no se diga que esta Isla no lleva pecados que hayan podido atraer tan gravosa y profunda aflicción. Nos parece que los lleva grandes y muy grandes particularmente desde el día del cambio de nacionalidad.

Circular del Deán y Vicario Capitular de la Diócesis de Puerto Rico, Juan Perpiñá y Pibernat, tras el huracán San Ciriaco que azotó a Puerto Rico el 8 de agosto de 1899.

Los ocasos imperiales suelen ser tiempos de ambigüedad e ironía. Cuando los últimos soldados españoles abandonaron a San Juan lo hicieron desde el mismo lugar en que cientos de sanjuaneros le habían dado la bienvenida a la Princesa Eulalia de Borbón, de camino a la Exposición Colombina de Chicago, en mayo de 1893¹. Nunca habíamos sido tan españoles como en aquel momento en que se celebraba con toda pompa el Cuarto Centenario de la gesta hispánica. En honor a la princesa se habían inaugurado las nuevas obras en los muelles y se había instalado el alumbrado eléctrico en algunas calles de la capital².

Meses después, en el discurso de honor al cumplirse los cuatrocientos años del Descubrimiento de Puerto Rico, el historiador y periodista, Salvador Brau, cantaría a la fecha gloriosa “que marca el feliz momento en que Boriquén es arrebatada a las tenebrosas tinieblas de la barbarie para ser entregada en brazos de la civilización redentora”³. Serían también los periodistas criollos, sector que había constituido la vanguardia liberal y modernizadora en las últimas décadas, los que encabezarían la suscripción popular para erigir una estatua al Almirante Cristóbal Colón en la plaza frente al Teatro Municipal de San Juan⁴.

El fervor ritualista persistió a lo largo de la década. Tan sólo un año antes de la invasión norteamericana, se celebró con galas y festejos populares el primer centenario de la exitosa defensa de San Juan frente las fuerzas británicas. En espera de la concesión de la ansiada autonomía que habría de llegar en noviembre de ese año, los arrebatos patrióticos nos llevaron a equiparar la repulsa a los ingleses con Sagunto, Lepanto y otras legendarias épicas. El poema laureado de Juan Manuel Echevarría finalizaba con el lema acordado

¹ Una crónica de la visita real se encuentra en *La Ilustración Puertorriqueña*, Año II, 10 de mayo de 1893.

² Valga señalar que el alumbrado sería roto un año después por enardecidos consumidores hartos de los monopolios en los artículos de subsistencia y la depreciación monetaria para horror incluso de los liberales que lloraron el atentado a la civilización. Ver Silvia ALVAREZ CURBELO, “El motín de los faroles y otras luminosas protestas” en *Historia y sociedad*, Año II, 1989, págs. 120-146.

³ *La Ilustración Puertorriqueña*, Año II, 19 de noviembre de 1893. Número extraordinario dedicado a conmemorar el Cuarto Centenario del Descubrimiento de Puerto Rico.

⁴ El monumento fue develado el 11 de febrero de 1894.

por Carlos IV y añadido al escudo de armas de la colonia: Al muy leal y muy noble Puerto Rico⁵.

Sin embargo, la españolización del país había sido tardía, comprimida y contradictoria.⁶ Durante casi toda su vida como colonia, Puerto Rico había sido el reverso del eros imperial. Apenas veintico años de iniciada la ocupación española en 1508, el gobernador Lando mandaba a quemar las plantas de los pies a los colonos que se disponían a abandonar a la Isla a los gritos de *!Dios me lleve al Perú!* Puerto Rico era destino salvador para polizontes y sospechosos de la ortodoxia; de castigo para funcionarios y eclesiásticos.

Seguramente nostálgico de las mitras virreinales, Fray Damián López de Haro, obispo de Puerto Rico, decía en 1644 que lo único bueno, en un país en el que los naturales se creían descendientes del Delfín de Francia aunque no tuvieran qué comer, era un poco de aire. Puerta de América y llave al Seno mexicano nos convertimos en parachoques que repelió tres invasiones mayores inglesas y una holandesa. Pero cuando el visitador Alejandro O'Reilly terminó su inspección de la Isla en 1765 nos recriminó por desobligados y haraganes. Sin "potosís" o naos de China, mucho de contrabando y algo de ingenio, roturamos la tierra, fundamos pueblos y nos recuperamos demográficamente hacia finales del siglo XVIII. Los mares revueltos en Europa y América a comienzos del siguiente siglo nos fueron propicios pero no por mucho tiempo. A cambio de servir como base contrainsurgente desde donde salieron los ejércitos que aplastaron a Simón Bolívar para 1815, nos endilgaron gobernadores con facultades omnímodas.

La primera mitad del siglo XIX se fue pasando entre promesas incumplidas de leyes especiales, cordones sanitarios para evitar el contagio revolucionario, exclusivismos comerciales, y privilegios para los peninsulares, *emigrés* de Tierra Firme y otras jurisdicciones

⁵ Juan Manuel ECHEVARRIA, "Gloriosa Defensa de la Ciudad de Puerto Rico durante el Asedio Británico que sufrió en 1797", *El Boletín Mercantil*, 2 de mayo de 1897.

⁶ Hasta entrado el siglo XIX habíamos sido un país caribeño en la que la presencia física e institucional de España era mínima. Sin embargo, en las hibridadas zonas de las creencias, de las fiestas, el lenguaje y la cocina vivían los insumos de la España popular, tráfuga, de los colonos de los siglos iniciales que no se fueron. Ver Angel QUINTERO RIVERA, "Vuelta, con mantilla, al primer piso" en Enrique VIVONI FARAGE y Silvia ALVAREZ CURBELO, *Hispanofilia: arquitectura y vida en Puerto Rico, 1898-1950*, San Juan, Editorial de la Universidad de Puerto Rico, 1997.

blancas. A su vez, la última mitad del siglo la pasamos pagando los platos rotos por los asuntos cubanos y emplazando a Madrid a abolir la esclavitud, respetar las conquistas civiles de 1868 y permitirnos asumir la modernidad. En medio de las deformaciones heredadas de la esclavitud y la trasnochada gestualidad de los capitanes militares y los cuerpos de orden público, los comerciantes, los burócratas, los soldados y los sacerdotes recolonizaron a Puerto Rico. Pero era tarde. En vísperas del fin de siglo Puerto Rico proponía destinos alternos a un ya agotado deseo imperial.

El Partido Conservador, compuesto mayoritariamente por españoles, había obtenido una victoria pírrica con la represión de 1887 dirigida contra los elementos autonomistas. Para la década de los 1890's, el partido, con un liderato envejecido, se mostraba cada vez más a la defensiva, vociferante desde las columnas de su órgano, *El Boletín Mercantil*, pero asustado ante los signos ineludibles de la debilidad española. A los autonomistas, "componteados" en 1887 y a pesar de sus divisiones y rencillas internas, les sonreirían tanto la historia como los desesperados líderes madrileños cercados por la ambición norteamericana y la manigua cubana. Luis Muñoz Rivera, el líder liberal puertorriqueño que concluiría con Sagasta el pacto autonomista, auguraba que los puertorriqueños daríamos por fin una lección a Cuba y salvaríamos a España de la vergüenza. En ese filtro que para nosotros siempre fue Cuba, la autonomía se decretaría al fin por el escalamiento de su segunda guerra de independencia.

Pero en la media luna del suroeste puertorriqueño, los partidarios de la independencia de Puerto Rico que conspiraban en agobiadas haciendas o mal disimulados gabinetes de lectura aguardaban con impaciencia cifrando sus esperanzas en una intervención de Estados Unidos. No habían pasado ocho días de la inauguración del parlamento autonomista cuando se produjo la invasión norteamericana por la bahía sureña de Guánica.

Fuera de la acción normalizadora y significativa del discurso político, la crisis colonial de los 1890's, dramatizada por el alza incontrolada de precios en los artículos de primera necesidad, la incertidumbre monetaria, los monopolios peninsulares en franquicias vitales como los fósforos y el petróleo casero, la guerra tarifaria con Estados Unidos y la concentración de propiedades agrícolas, se había manifestado con saña en la economía doméstica de la mayoría social.

Una mirada somera a las actas municipales y a los periódicos insulares y regionales revela dos datos particularmente reveladores: en primer lugar, la persistencia de delitos contra la propiedad, en particular, robos y desjarretamiento de reses, en segundo lugar, el incremento de las protestas de consumo. Entre 1892 y 1895, las llamadas “protestas de fogón” en los mercados públicos de las que habla Manuel Fernández Juncos por el alto costo de la carne⁷, los disturbios populares en San Juan por los monopolios de los fósforos y del petróleo doméstico y las huelgas en los cañaverales del sur ante los rumores de que se sustituiría el patrón plata aglutinaron a sujetos populares en torno a *issues* que afectaban directamente su supervivencia. En el fondo, se trataba de formas simples de resistencia frente a la percepción generalizada de una intromisión indebida e injusta de los poderes económicos y políticos en la vida cotidiana pero allanaban el camino a una creciente desafección popular contra los elementos peninsulares que controlaban el comercio y el crédito.

El cuadro no se había modificado en los años que siguieron. La invasión ocurre en medio de denuncias de hambruna en los campos, de un aumento en los delitos contra la propiedad, de epidemias de viruelas y, obviamente, de la carestía provocada por el bloqueo norteamericano. La escasez de moneda era tal en los pueblos del norte que los mercados populares ya no funcionaban. Como si anticipara lo que sería el retrato musical de la Gran Depresión treinta años después, la canción *Lamento Borincano* de Rafael Hernández, el redactor de *La Correspondencia* señalaba:

Los jíbaros retornan entristecidos a sus barrios con cargas enteras de aves y viandas porque no pueden realizarlas⁸.

El país, desde los letrados y poderosos hasta los pauperizados campesinos que desjarretaban reses en despoblado y robaban gallinas de los corrales expuestos, negociaron en los últimos años previos a la invasión, la crisis ineludible de la colonia como lo habían hecho durante cuatro siglos, con tecnologías elusivas pero no menos reales de

⁷ *El Buscapié*, 8 de julio de 1894.

⁸ *La Correspondencia*, 7 de mayo de 1898.

supervivencia y significación⁹. Cayetano Coll y Toste, entonces subsecretario de Agricultura, Industria y Comercio del gobierno autonómico y que en 1899 asumiría el cargo de Secretario Civil de la nueva administración, recalaría años más tarde en la esencial imprecisión del momento. Para él, muchas de las decisiones que los puertorriqueños tomaron fueron producto de pugnas soterradas entre cerebro y corazón, entre los amores, los resentimientos y las esperanzas que se interceptaron en aquel verano de 1898:

Si mi cabeza me explicaba a satisfacción el suceso, el corazón, empero, estaba triste...Era el postrer adiós a la querida bandera de nuestros padres y de nuestros abuelos. Fue cruel con nosotros, inconscientemente nos flagelaron el rostro con ella muchas veces injustamente... y a pesar de todo, la amábamos¹⁰.

En el “mundo al revés” que fueron los últimos tiempos de la soberanía española en el Nuevo Mundo, temporalidad densa y esperpéntica como todos los finales, a Puerto Rico le tocó despedir a España. Seguramente ello no estaba previsto en el guión imperial. A pesar de su brevedad y la poca complejidad del escenario militar, la guerra condensó los signos más poderosos de una relación secularmente deficitaria que había creado lazos entrañables y desamores amargos. Un joven abogado estrenando otro puesto de gabinete al inaugurarse en los primeros meses de 1898 el gobierno autonomista resume de manera perspicaz los corto-circuitos de una españolización tardía y errática:

Aunque columbrábamos que había de concluir con un cambio radical que nos llevaría hacia más amplios horizontes políticos, a los puertorriqueños nos dolía nuestra inminente separación de España...Así, pues, aunque todos éramos más o menos mambises, dormía escondida en el fondo del alma portorriqueña la nota del patriotismo español, que en más de una ocasión sonó fuertemente durante la Guerra Hispanoamericana¹¹.

⁹ Ver Silvia ALVAREZ CURBELO, “La batalla de los signos: 1898 y vida cotidiana”, *Diálogo*, Año XI, mayo de 1997.

¹⁰ Cayetano COLL Y TOSTE, *La invasión norteamericana en Puerto Rico*, San Juan, s.e., 1985, págs. 81-82.

¹¹ Luis SANCHEZ MORALES, *De antes y de ahora*, Madrid, Centro Editorial Rubén Darío, 1936, págs. 453-454.

He escogido dos relatos que encierran los signos desconcertados de la despedida. El primero gira en torno a los rituales de la derrota y se arma a partir de textos escritos por militares que estuvieron en la defensa de Puerto Rico y de criollos que testimonian el relevo de soberanía. El segundo relato metaforiza el paso del huracán San Ciriaco por la isla en agosto de 1899. Descansa en lo fundamental en un texto del vicario general de la vacante diócesis de Puerto Rico. En esta ocasión me gustaría configurar ambos relatos como ejes narrativos de los tiempos ambiguos e irónicos del ocaso español y singularizar, por esta vez, repito, el esencial desencuentro que anidó en la mirada de España sobre Puerto Rico.

Adiós a las armas

*Si queda algun patriota leal en ese pueblo,
llámelo usted al aparato.*

Capitán General de Puerto Rico, general Macías a Esteban Guerra, telegrafista de Yauco, Puerto Rico, 27 de julio de 1898.

La campaña de Puerto Rico fue discreta (los norteamericanos se refirieron a ella como un *picnic*) y parca en movimientos militares¹². A la larga, su momento más dramático resultaría ser el bombardeo a San Juan, ocurrido dos meses antes de la invasión. Cuando los primeros contingentes norteamericanos aparecieron por Guánica el 25 de julio, día del santo patrono español, Santiago Apóstol, pusieron fin a semanas de especulaciones sobre el lugar del desembarco. Los invasores no se expondrían a las todavía imponentes fortificaciones de San Juan optando por los territorios políticamente simpáticos del sur. La zona, con un historial reciente de represión y uno más largo de anti-españolismo, sentaría la pauta para el relevo imperial.

A medida que las fuerzas invasoras iban ocupando las cabeceras urbanas del sur y el oeste, un plantel de criollos, algunos de ellos funcionarios y colaboradores ocasionales del régimen español y

¹² El mejor recuento de la misma lo hace dos décadas después el Capitán Angel Rivero Méndez encargado de la defensa del Fuerte San Cristóbal. En una prolija crónica, Rivero recoge los matices más significativos de la transferencia de lealtades. Ver Angel RIVERO MENDEZ, *Crónica de la Guerra Hispanoamericana en Puerto Rico*, edición original 1921, San Juan, Editorial Edil, 1971.

otros, opositores y perseguidos, se hicieron cargo del orden y la nueva administración civil. En Yauco, un lugar rico en café y en conspiradores, uno de éstos, Francisco Mejía, fue designado alcalde interino. En su primera alocución oficial agradeció "...la milagrosa intervención del Dios de los justos" que había devuelto a los puertorriqueños "...al seno de la madre Americana, en cuyas aguas nos colocara la Naturaleza".¹³

Luego de una oportuna gestión de su cuerpo consular, la ciudad de Ponce, principal puerto exportador del país, fue declarada ciudad abierta. El comandante de la plaza, general Sanmartín negoció algunas horas de ventaja para la retirada y la promesa de que las tropas españolas no serían perseguidas por 48 horas a pesar de que en San Juan, el Capitán general Macías ordenaba una defensa hasta el final¹⁴. En su informe al Consulado británico en San Juan, el vicecónsul acreditado en Ponce, Fernando Toro, alababa el triunfo de la sensatez y los sentimientos humanitarios frente al "quijotismo español"¹⁵. Abiertas las puertas de la cárcel, el impenitente Rodulfo Figueroa, uno de los condenados a muerte junto al líder autonomista Román Baldorioty de Castro por los "compontes" de 1887, corrió a la Casa Ayuntamiento y descolgó el retrato y la corona de los monarcas españoles que presidía la sala consistorial mientras gritaba a voz en cuello: *Ahí van los últimos restos de la dominación española*¹⁶.

En el sur, la conversión de lealtades y el ajuste a las nuevas circunstancias fue un proceso rápido. Ramón B. López, director de *La Correspondencia*, diario de la capital, registra esas primeras jornadas con una serie de reseñas que titula *Viaje al extranjero. De la Capital a Ponce*: la isla se dividía siguiendo la brecha natural de las montañas. Al llegar a Ponce el 23 de agosto, se hospeda en un re-

¹³ "Proclama leída el 29 de julio de 1898 por Francisco Mejía, designado alcalde interino de Yauco". Citado por RIVERO [12],pág. 218.

¹⁴ Eduardo NEUMANN, *Verdadera y auténtica historia de la ciudad de Ponce*, edición facsimilar, San Juan, Instituto de Cultura Puertorriqueña, 1987, pág. 244.

¹⁵ "Report sent to Her Majesty's Consulate by Mr. Vice-Consul Fernando M. Toro, on the invasion of the district of Ponce, Porto Rico, by the forces of the United States of America".

Transcrito en Albert E. LEE, *An Island Grows. Memoirs of Albert E. Lee. Puerto Rico, 1873-1942*, New Jersey, MacCrellish & Quigley Company, 1963, págs.135-142.

¹⁶ RIVERO,[12], pág. 231.

bautizado *Hotel Washington*. El cambio de nombre no le extraña “porque hay aquí prurito de dar tinte y sabor americano a todo”¹⁷.

Hasta el cese al fuego acordado el día 12 de agosto, los partes del Estado Mayor español emitidos desde San Juan insistían en resistencias y refuerzos que se concentraban en las alturas de la Asomante o en el Guasio occidental, listos para la defensa suprema o de frentes que se sostenían a ultranza. La realidad, sin embargo, era otra. En algunos lugares, las escasas y mal dirigidas tropas españolas hicieron frente a avanzadas del ejército invasor pero en la mayor parte de las ocasiones se fueron retirando de las poblaciones sin presentar batalla.

No pocas veces la guerra asumió un tono de polichinela. Los soldados y voluntarios atrincherados en las alturas de Barranquitas, pobremente equipados y hambrientos, corrieron más detrás de gallinas que de *yankees*. Una de las mayores ovaciones se la llevó una patrulla del Sexto Batallón Provincial al regresar a sus líneas cuando al grito de *¿Quién vive?* respondió: *Huevos, gallinas y ginebra de Holanda* y se pudo tras varios días preparar un rancho caliente¹⁸. La comedia de errores narrada por Fernando Picó en *La guerra después de la guerra* en las que pueblos como Utuado y Fajardo se representaron alternativamente como leales hijos de la Madre Patria y admiradores del Coloso del Norte, bajando y subiendo banderas al notar movimientos de tropas cerca de sus pueblos, revela que la improvisación y el ridículo acechaban a ambos bandos hasta en los momentos más delicados¹⁹. Cuando en la tarde del 14 de agosto se izó la bandera blanca en el tope del Castillo de San Felipe del Morro, “...como el caso no estaba previsto, el artillero Juan González Perujo prestó una sábana de su propiedad, que fue utilizada como bandera de parlamento. El pabellón nacional fue arriado, y la sábana, bastante limpia, subió al tope, anunciando al mundo que había terminado el dominio español en el Continente americano”²⁰.

Tras 65 días de una lenta ocupación y semanas de negociaciones, el proceso de transferencia culminó el 18 octubre de 1898 con una

¹⁷ *La Correspondencia*, 23 de agosto de 1898.

¹⁸ Antonio BLANCO FERNANDEZ, *España y Puerto Rico, 1820-1930*, Puerto Rico, Tipografía Cantero Fernández, 1930, pág.38.

¹⁹ Fernando PICO, *La guerra después de la guerra*, Río Piedras, Ediciones Huracán, 1988.

²⁰ RIVERO, [12] pág.381.

breve ceremonia frente al palacio de gobierno de Santa Catalina. Los protocolos de desocupación habían sido objeto de viva discusión entre vencidos y vencedores²¹. Los españoles no querían admitir sino la evacuación militar mientras que los norteamericanos sostenían que la transferencia de la Isla era también civil. El Segundo Cabo, Ricardo Ortega, a quien le había tocado el principal rol en las negociaciones, aludió en todo momento a los tópicos esperados del honor y la dignidad españolas pero los norteamericanos no aceptaron. Al final, la soberanía española quedó reducida a un puñado de soldados que embarcaron desde el Arsenal felices porque "...ya no soñaremos con el vómito y otras enfermedades tropicales"²².

La crónica de Angel Rivero evoca que el día en que la bandera española fue arriada del edificio de la Intendencia el sol se eclipsó y que una luz anaranjada, pálida, indecisa, iluminó la ciudad de San Juan²³. Luis Muñoz Rivera, el presidente del gobierno autonómico, que en marzo había prometido defender a la Metrópoli "en los tiempos felices del sistema autonómico" como la habíamos defendido "en los tiempos oscuros del sistema colonial"²⁴ desfiló al frente del resto de los secretarios de gobierno llevando del brazo al General Brooke hasta la entrada del palacio que había albergado a los gobernadores españoles desde el siglo XVI. Jornadas de relevo y desmonte de símbolos y mandos, los postreros días de la soberanía española fueron también momentos en que se planteó para algunos la necesidad de explicar y legitimar lo acontecido. La historiografía de la invasión comienza entonces signada por el rencor y la perplejidad.

Días antes de la ceremonia frente a Santa Catalina, había circulado de forma limitada por San Juan un folleto incendiario escrito por el Coronel Julio Cervera, ayudante del general Macías en el que adjudicaba la derrota a la traición de los criollos²⁵. El folleto, un intento apresurado por preparar rápidamente una coartada para el desastre

²¹ Para una relación de las sesiones entre los representantes españoles y norteamericanos ver Archivo Histórico Nacional, Ultramar, 1545/23, Serie Gobierno de Puerto Rico.

²² RIVERO,[12] pág. 565.

²³ *Ibidem*, pág.404.

²⁴ "Alocución del Consejo de Secretarios de Puerto Rico, 22 de abril de 1898" en *Boletín Histórico de Puerto Rico*, San Juan, Tipografía Cantero, Fernández y Compañía, 1918, VI, págs. 40-41.

²⁵ La aparición del folleto generó una invitación a duelo por parte de la juventud criolla de San Juan. Le tocó en suerte a José Janer y Soler batirse con el Coronel Cervera quien pidió excusas y evitó el duelo.

militar y político, descansa en una exacerbación del separatismo interno y externo²⁶. Puerto Rico se convierte mediante la pluma del comandante de ingenieros en un nido de filibusteros y de traidores.

El problema de las exiguas tropas y falta de armamento y parque se complica para Cervera con la inminencia de un alzamiento por “los revoltosos hijos del país” a los principales puntos estratégicos del país. A pesar de la “victoria” sobre los norteamericanos en el bombardeo a San Juan, de los detallados cuidados para la defensa y el buen estado de las tropas (“no faltó nunca carne y excelente alimentación al soldado de Puerto Rico y otras galanuras...”) a los primeros combates en julio, la defensa flaquea. ¿Por qué esta conducta? Cervera lo achaca a los cuerpos de voluntarios que “...empezaron a entregar las armas y disolver sus unidades, negándose a defender la patria, así que los primeros barcos americanos aparecieron en las costas”.²⁷ Estos españoles criollizados siguieron la pauta de los hijos del país que desde el primer momento “...se constituyeron en auxiliares, guías y espías del enemigo”²⁸. Los puertorriqueños son tildados de serviles, ingratos e infames a quienes nunca debió de haberseles concedido la autonomía:

En 24 horas, el pueblo de Puerto Rico pasó a ser, de ferviente español, a entusiasta americano. Sin más razón que el cobarde miedo. Se humilló entregándose servilmente al invasor, como se inclina el esclavo ante el poderoso señor²⁹.

Para este texto, España no perdió la guerra en Puerto Rico pues el enemigo no obtuvo ninguna victoria militar y había sido detenido en varias plaza importantes como Fajardo, Lares y Aibonito cuando llegó la orden de suspensión de hostilidades. El resultado adverso fue producto de la perfidia de los naturales del país y de la cobardía de los voluntarios quienes entregaron el país a los invasores:

En la historia del mundo no hay ejemplar semejante de lo ocurrido en Puerto Rico. No tiene nombre! País tan servil, tan ingrato, no se ha

²⁶ Julio CERVERA BAVIERA, *La defensa de Puerto Rico*, San Juan, Imprenta de la Capitanía General de Puerto Rico, 1898, pág.18.

²⁷ *Ibidem*, pág. 19.

²⁸ *Ibidem*, pág. 22.

²⁹ *Ibidem*, pág. 22.

visto jamás. En el diccionario de nuestro idioma, rico en palabras, no hay una bastante dura para calificar al pueblo de Puerto Rico³⁰.

Otro militar español destacado en la defensa de Puerto Rico, Francisco Larrea, publicó para 1901 un libro de mayor extensión en el que pondera las causas de la derrota³¹. A contrapelo de las causas materiales con las que se pretende explicar el “desastre” (superioridad militar *yankee*, el desastre de las escuadras en Manila y Santiago de Cuba) Larrea insiste en las causas morales.

Cubanos y puertorriqueños conforman una raza problemática debido a la mezcla racial, al clima, a su indolencia³². Pero más que en esa insuficiencia antropológica, la causa del desastre del '98 reside en “el predominio de la fantasía sobre el juicio” en nuestros pueblos, en el carácter íntimo de los criollos, una raza meridional con “propensión natural a las asociaciones secretas”³³ Amigos de lo que es extraordinario y misterioso y de las novedades, los puertorriqueños entramos en contubernio con un red conspiratoria cuyo liderato lo ejercían las logias masónicas desde la propia España.

A pesar de que en Puerto Rico no habían mediado las guerras que habían asolado a Cuba, Larrea afirma que la separación entre peninsulares y criollos era prácticamente igual en ambas Antillas. La concesión reciente de la autonomía disimulaba de manera hipócrita el afán de independencia por parte de las élites en Puerto Rico incluyendo muchos miembros criollos del ejército. Luis Muñoz Rivera “el menos sospechoso” de los autonomistas y jefe del gobierno insular merece sus más acerbos ataques por haber arriado la bandera roja y gualda y enarbolado en su lugar el pabellón estrellado³⁴.

Por su parte, las masas populares no sólo reflejaban su inconstancia racial y la corrupción moral estimulada por los enemigos de España sino el “..ejemplo de las clases acomodadas, modelos de

³⁰ *Ibidem*, págs. 22-23.

³¹ EFELE (pseudónimo de Francisco LARREA) *El desastre nacional y los vicios de nuestras instituciones*, Madrid, Imprenta del Cuerpo de Artillería, 1901.

³² El catálogo de determinismos que maneja Larrea se asocia a una tradición hermenéutica que arranca del mismo ciclo descubridor pero que madura en los tiempos de la Ilustración y en la que no sólo los antillanos sino los americanos en general se constituyen fundamentalmente como versiones nobles o brutales del salvaje natural.

³³ LARREA, [31], pág. 13.

³⁴ *Ibidem*, pág. 115.

cobardía, egoísmo y desafección”³⁵. En la mente de las “clases inferiores” el cambio de soberanía era interpretado como “..el principio de una era feliz en que, abundando el dinero hasta para ellos, nadie tendría necesidad de trabajar”³⁶. El ámbito de la conspiración alcanza, inclusive, a los peninsulares y criollos que se reconocían como “incondicionales”. Entre ellos, señala el dedo acusador de Larrea “..corría la especie de que por la ocupación americana prosperaría el país y adquiriría mayor valor la propiedad...”³⁷.

En *Los sepultureros de España en Puerto Rico*, Francisco Goenaga, hijo de uno de los condenados a muerte por los sucesos de 1887, deplora la política de desconfianza hacia los criollos que marcó los últimos días de España en la Isla³⁸. Pero no le sorprende porque Puerto Rico fue siempre:

...una hija natural jamás reconocida en pruebas auténticas por los padres de la patria. Cuantas veces tomaba cuerpo ante los ojos imbeciles de los estadistas de Madrid la ecuación de ultramar, Puerto-Rico pasaba en la sombra, inadvertido, como cosa secundaria, como accidente de los conflictos, insuficiente por sí mismo...³⁹.

Los últimos tiempos de la soberanía española convocaron en muchos tonos la retribución y el castigo. En una vuelta a los imaginarios de la Conquista parecía “...una excomunión constante de los cristianos de allá contra los moros de acá”⁴⁰.

LO QUE EL VIENTO SE LLEVÓ O EL CASTIGO DIVINO

Los huracanes en el trópico —ha señalado Fernando Ortiz, el antropólogo cubano— son en ocasiones el simulacro de un drama celestial⁴¹. Con los grandes huracanes se produce una “sinérgica

³⁵ *Ibidem*, pág. 113.

³⁶ *Ibidem*, pág. 4.

³⁷ *Ibidem*, págs. 113-114.

³⁸ Francisco GOENAGA, *Los sepultureros de España en Puerto Rico*, Puerto Rico, Imprenta de Boada y Compañía, 1899, págs. 15-16.

³⁹ *Ibidem*, págs. 62-63.

⁴⁰ *Ibidem*, págs. 15-16.

⁴¹ Fernando ORTIZ, *El huracán. Su mitología y sus símbolos*, México, Fondo de Cultura Económica, 1947.

manifestación de las fuerzas cósmicas”, como si una gigantesca culebra nos fuese rodeando con sus anillos para sacudirnos y estrujarnos en un sólo cataclismo convulsionario⁴².

El 6 de agosto de 1899, Román Aráez, un ingeniero que se encontraba en Mayaguez, ciudad del occidente de Puerto Rico, registraba en unas notas informales, los perfumes de jazmines, astromelias, de rosas y azucenas que inundaban su quinta de veraneo⁴³. Ese mismo día salió en bote por la costa pero un persistente viento del norte le dificultó la travesía lo que le hizo pensar que algo extraordinario pasaba en la atmósfera. Dos días después, un huracán de implacable fuerza destructiva atravesó a la Isla. Apenas un año de transcurrida la invasión norteamericana, Aráez no encontró mejor símil para el ruido del ciclón que “un horrible bombardeo en sitiada ciudad”⁴⁴.

El historiador norteamericano Stuart Schwartz ha estudiado el caos social y económico desatado por el fenómeno, uno de los más destructivos en los anales antillanos, que causó pérdidas materiales que en aquel momento se calcularon en \$35 millones de dólares, más de dos mil muertos y el desplome de la agricultura insular y sus repercusiones en el manejo norteamericano de la nueva posesión.⁴⁵ Sobre la tierra lavada por el vendaval y la torrencial lluvia se entablaba una relación clave entre el pueblo desvalido y la nueva administración. Hasta *El Boletín Mercantil*, periódico asociado a los intereses peninsulares y que durante mucho tiempo se había identificado como el órgano de los incondicionalmente españoles, reclamaba en la edición extraordinaria a raíz del paso de San Ciriaco:

Puerto Rico confía en que su actual metrópoli no la deje descender por la pendiente de la ruina y de la desventura en que se encuentra sino, antes bien, que le ofrezca su robusto brazo y con él le ayude a ganar nuevamente el camino de su progreso y florecimiento⁴⁶.

⁴² *Ibidem*, pág. 134.

⁴³ Román ARAEZ, *Historia del ciclón del día de San Ciriaco*, Manuscrito depositado en el Archivo General de Puerto Rico, Colección Junghanns, Caja 7, Exp. 83/23.

⁴⁴ *Ibidem*, pág. 4.

⁴⁵ Stuart Schwartz, “El huracán de San Ciriaco. Desastre, política y sociedad en Puerto Rico, 1899-1901” en *Historia y sociedad*, Año V, 1992.

⁴⁶ *El Boletín Mercantil*, número extraordinario, septiembre 1899.

De igual manera lo describe Aráez:

Yo creo que el temporal que nos desola, no dejará de redundar en beneficio nuestro, puesto que nos traerá más en contacto con el Gobierno de Washington y dicho gobierno verá todas las mejoras que necesitamos...y comprenderá mejor las necesidades de nuestra isla consiguiendo lo que tal vez no hubiésemos conseguido de otro modo⁴⁷.

Sin embargo, de muchas maneras, el huracán fue también una especie de sutura que clausuraba de manera más definitiva el antiguo dominio. En la edición del 9 de agosto, *La Correspondencia*, daba cuenta de un suceso extraordinario debido al azote del huracán: la estatua de Cristóbal Colón inaugurada en 1894 había perdido la mano en donde tenía la bandera y la cruz. Días después, el periódico de la capital publicó unos extractos del *Diario de La Guaira*⁴⁸ en Venezuela en los que el desmembramiento, a primera vista insignificante, asumía una dimensión simbólica notable:

Puerto Rico yanqui extranjerizado por su propia voluntad, es presa del terror ante la furia de los elementos. Se hizo extranjero para prosperar materialmente, y sus cosechas son arrasadas, sus poblaciones se convierten en montones de cadáveres y de ruinas, todo lo hecho por lo español desaparece en medio del espanto, y al serenarse el cielo, al alumbrar los primeros rayos del sol el campo del desastre, una de las observaciones que se hacen es la que la estatua del genovés que completó el mundo, descubriendo la América bajo el patrocinio de España está precisamente mutilada en la mano que sostenía los símbolos del Descubrimiento y de la posesión⁴⁹.

Desde una metaforización afín, el Deán y Vicario General de la Diócesis de Puerto Rico, Juan Perpiñá y Pibernat organiza su extraordinario texto en torno al huracán San Ciriaco⁵⁰. El pecado del hijo

⁴⁷ ARAEZ, [43] pág. 122.

⁴⁸ *El Boletín Mercantil*, 26 de agosto de 1899. En su crónica, Román Aráez copia palabra por palabra los extractos del periódico venezolano.

⁴⁹ *La Correspondencia*, 26 de agosto de 1899.

⁵⁰ Juan PERPIÑÁ Y PIBERNAT, *Circular del M.I.Sr.Dr. D.Juan Perpiñá y Pibernat sobre El Ciclón del glorioso San Ciriaco y Compañeros Mártires habido en Puerto Rico el día 8 de agosto de 1899*, San Juan, A. Lynn e hijos de Pérez Moris, 1899.

respecto al padre o a la madre⁵¹, profundizado por su carácter análogo al pecado de los hombres contra Dios, ahonda en el tema de la retribución anticipados en la crónica sobre la estatua de Cristóbal Colón.

Tras un minucioso recuento de las pérdidas materiales y humanas se pregunta por la causa del mal que ha caído sobre tan “frondoso país”. Desecha adherirse a teorías gratuitas de fatalidad o azar y convoca una causa transparente para cualquiera que “...no esté afectado de Ateísmo, Materialismo y Naturalismo...”⁵² Dios ha ordenado el terrible azote “...en pena de nuestras defecciones, para la expiación de nuestras culpas y en castigo de nuestros muchos y grandes pecados”⁵³. Puerto Rico es indistintamente un nuevo Israel castigado por un Jehová implacable que no tolera traiciones o la ciudad de los hombres de San Agustín olvidada también de sus deberes para con Dios.

Entre las faltas de Puerto Rico contra Dios y la verdadera religión sobresalen las injurias vertidas contra España, la madre:

...hijos ingratos y desnaturalizados, después de haber recibido de ella su ser, el idioma, la religión, sanas costumbres y la legislación más sabia y completa de las Indias...⁵⁴.

En el tono milenarista que habrían de tomar ciertos sectores del catolicismo en Puerto Rico⁵⁵, Perpiñá denuncia los signos ominosos de los tiempos: se han pisoteado las prescripciones de la iglesia permitiendo el matrimonio civil; no se cumplen los sacramentos entronizándose “...la concupiscencia de la carne, la concupiscencia de los ojos y la soberbia de la vida...”⁵⁶; se profanan los cementerios con “enterramientos extraños”; no se atiende los gastos de los prelados; en las escuelas se han arrancado los crujijos e imágenes benditas.

⁵¹ España como madre o madrastra es un tópico insistente en la narrativa histórica y literaria hispanoamericana. Véase a María Elena Rodríguez Castro “Asedios centenarios” en ALVAREZ CURBELO y VIVONI-FARAGE [6].

⁵² PERPIÑÁ, [50], pág. 10.

⁵³ *Ibidem*, [50].

⁵⁴ *Ibidem*, [50] pág. 13.

⁵⁵ Véase Nélida AGOSTO, *Religión y cambio social en Puerto Rico (1898-1940)*, San Juan: Ediciones Huracán, 1996.

⁵⁶ PERPIÑÁ, [50] pág. 17.

Perpiñá descubre en los informes remitidos por los curatos de los daños infligidos por el huracán, las señales inequívocas de los mismos dolores y tormentos sufridos por San Ciriaco y sus mártires acompañantes. Puerto Rico concluye "...ha quedado arruinado y, como por decirlo así, martirizado..."⁵⁷. Por medio de las figuras dolientes, Dios habría enviado el castigo ejemplarizante para un país que prefería "...arrancar de las manos de los inocentes el código sublime de la Doctrina Cristiana, sólo por aparentar americanizarse más, mucho más que los norteamericanos..."⁵⁸.

CONCLUSIÓN:

El ocaso del imperio español es, por lo general, remitido a claves ampliamente discutidas y cotizadas: la agresiva juventud de Estados Unidos y la senectud hispánica; los irredentos mambises; la crisis catalana; la traición de Cervera o la inevitabilidad capitalista. Sin embargo, la complejidad del ocaso también refiere a un desencuentro esencial que no puede ser roturado por la geopolítica, la sociología o la economía. Puerto Rico, una madeja mínima de la trama, fue, desde siempre, la imagen negada del deseo imperial. Pero en las torceduras de fin de siglo le tocó despedir a España. El desenlace de 1898 nos revela las ambigüedades e ironías de una relación de cuatrocientos años. Las despedidas, desde aquéllas que reclaman castigos cósmicos hasta aquéllas que se debaten entre el corazón y el cerebro, son instancias excepcionales de su misterio íntimo.

In the last third of the 19th Century Puerto Rico was subjected to a late "hispanization" process, after three centuries of peripheral existence within the Empire. The ambiguous and ironical nature of that relation was brought to surface in the framework of the Spanish American War. On the basis of contemporary texts the author restitutes a "farewell" narrative, where discourses that are both contradictory and compatible recreate the end of the Empire and the transits to a new type of domination.

⁵⁷ *Ibidem*, [50] pág. 5.

⁵⁸ *Ibidem*, [50] pág. 22.